

LAS SEÑORITAS DE MENASSADE

Y SU LIBRO «A TRAVERS LE GUIPUZCOA»



De resultas de una angina de pecho, enfermedad terrible que no hiere más que para matar, ha fallecido en San Sebastián Mlle. Ana de Menassade, cuyo nombre, unido al de su hermana Emilia, figura en la portada de un libro recientemente publicado, y por el cual débenles los españoles, y muy particularmente los guipuzcoanos, gratitud y afecto.

Ambas vinieron á España inmediatamente después de la caída del Imperio, en 1870, y vinieron con su padre, antiguo oficial del ejército francés: hombre de talento, instrucción y ameno trato, pero á quien la fortuna negó los favores que de ella suelen conseguir á manos llenas los que menos saben merecerlos.

Emilia pasó á Asturias, donde ejerció el cargo de institutriz de las hijas del señor duque de Tarancón; y Ana, que con el autor de sus días se estableció en San Sebastián, dedicóse á dar lecciones de francés.

La guerra civil que estalló á poco en las provincias bascongadas, les obligó más tarde á trasladarse á Madrid, donde Ana continuó enseñando en casas particulares, hasta que sabedora S. M. la reina de sus excelentes condiciones, la nombró profesora de francés de sus augustas hijas, y más tarde de S. M. el rey.

Emilia, que había regresado de Asturias, vivía con ella, y ambas, por sus distinguidos modales, su agradable figura, su fino trato y su esmerada educación y sus no vulgares conocimientos, se captaron muy pronto el afecto de cuantas personas tenían con ellas relaciones más ó menos íntimas.

Emilia, menos conocida, pero tan digna de serlo como su hermana, se distinguía por sus aptitudes artísticas, siendo una verdadera profesora en dibujo y pintura.

Ana era una especialidad para enseñar y hacerse querer de sus discípulas.

¿Cuál de las dos es la verdadera autora del libro que antes he mencionado? La una y la otra, porque ellas mismas nos lo dicen y hay que creerlas. Juntas vivían las dos hermanas, juntas sentían y pensaban, juntos aparecen sus nombres al frente de la obra. Imposible es, pues, dudar de que ésta es hija de ambas, y como en todas sus páginas hay una perfecta unidad de estilo, de lenguaje, de sentimientos y de ideas, no hay por qué sorprenderse de que ambas sintieran, hablaran y pensaran escribiendo, sobre el mismo asunto, como si para las dos no hubiera más que una sola inteligencia, un solo corazón y una sola lengua.

A travers le Guipuzcoa titúlase el libro, que no es sino una preciosa descripción del país á que se refiere. Pero descripción hecha con tal elegancia de estilo, con tales primores de lenguaje, con tan escrupulosa veracidad y con un subjetivismo en el fondo tan modesto y tan sincero, que no puede menos de leerse con verdadero deleite desde la primera hasta la última palabra.

Era mademoiselle de Menassade, y lo es sin duda su hermana, un espíritu lleno de delicadeza, que á la sensibilidad propia de su sexo sabía unir cierta masculina virilidad, necesaria siempre para hacer pensar al lector y llevarle como de la mano adonde intelectualmente se le quiere conducir; pero contándolo todo, hablando de todo con tal naturalidad y espontáneo desembarazo, que á través de sus páginas se va adelantando tranquilamente, como quien anda por camino llano y fácil, sin sentir nunca cansancio ni afán por llegar al término de la jornada.

Hay en la obra que nos ocupa trozos verdaderamente encantadores.

La leyenda tradicional del Santo Cristo de Lezo está de tal modo impregnada de poesía cristiana; está tan bellamente contada, que el más tierno y místico de los poetas no lo hubiera hecho mejor. Se ve á la santa imágen trasladándose por su propia virtud á través de los bosques en medio de una noche oscura y tempestuosa; se ve en su frente la luz divina que la alumbra en su camino; se sienten el respeto, la admiración, el terror que inspira aquel extraño é inaudito fenómeno; se descansa al fin, se respira con alegría al ver cómo la escultura se detiene en el sitio en que quiere ser venerada para siempre, y se desea vivamente ir á contemplarla tal como es; postrarse á sus plantas y pe-

dirle algo que nos haga mucha falta, y que solo Aquel á quien representa puede conceder.

Mas al fin este pasaje, en el fondo no es más que una versión de narraciones en castellano ó en bascuence. Lo que es historia, lo que es tradición, lo que es crítica artística puede no ser absolutamente original. Busquemos algo que sea única y exclusivamente del autor; algo en que él cuente lo que nadie ha contado. Subamos con él á la cima del monte Ulía, que se extiende desde la embocadura del Urumea hasta la entrada del puerto de Pasajes, en una extensión que no bajará de cuatro kilómetros; trepemos á su lado por la abrupta vertiente de la montaña; apoyemos el pie en aquellos ásperos senderos donde solo las cabras pueden apoyarse sin resbalar y caer: lleguemos en su compañía á lo más alto; contemplemos allí el mar á nuestros piés, el cielo sobre nuestras cabezas, la tempestad en el ambiente, la inmensidad en todas partes, y admiremos á quien tan bien sabe describir y contar lo que entonces se siente, lo que en tal momento se piensa y se concibe.

Si el libro no estuviera en francés; si no supiéramos quién lo había escrito, creyérase que su autor había nacido del lado de acá de los Pirineos. Su personalidad se destaca siempre desde el principio hasta el fin con poderoso relieve, porque ya he dicho que hay en todo él mucho de subjetivo; pero su nacionalidad se ve muy poco: no se ve nunca en nada que pueda ofender en lo más mínimo la susceptibilidad patriótica de los españoles. Nada tampoco en sus alusiones á recientes sucesos, que pueda redundar en desdoro de ninguno de los dos partidos que tantas veces, con las armas en la mano, se han disputado el predominio de una idea en la clásica tierra de sangrientas y encarnizadas luchas intestinas.

Mademoiselle Ana no ha muerto en su patria; pero ha muerto en el país en que había pasado la mitad de su existencia; en el país en que tenía su hogar y gran parte de sus afecciones, y donde ya no podía considerársela, ni considerarse ella como extranjera.

Desgracia grande se juzga por la mayoría de las gentes abandonar este mundo, cuando aún la vejez no está muy cerca, y todavía el cuerpo y el espíritu conservan su lozanía y su vigor. Mas si la vida no es más que un sueño, como el poeta y la filosofía cristiana nos enseña, hermoso debe ser despertar en el seno del Señor, dejando al cuerpo descansar en la tierra de que fué formado, y volando el alma á las regiones del bien y de la felicidad que nunca acaba.

Una palabra para concluir. Al morir Ana queda Emilia: Emilia no menos buena, no menos ilustrada, no menos artista, y acaso aquella á quien cabe la mayor parte en el precioso libro titulado, *A travers le Guipuzcoa*.

PATRICIO AGUIRRE DE TEJADA.

SAN AGUSTÍN

Acaso no ha habido en el mundo santidad más accesible y humana que la del Obispo de Hipona. Y era que tenía por base la ingénita nobleza de sentimientos que formaba el fondo del carácter de Agustín. Eso que llamamos bello carácter no es una cualidad aislada ni lo constituyen el temperamento ó la educación, ni la audacia ó la timidez: es como la resultante de un cúmulo de cualidades internas y externas, cierto equilibrio entre la inteligencia y el corazón, entre el pensar y el sentir; la natural é instintiva inclinación á ver el lado bello de las cosas sin desconocer lo deforme. Enemigo de toda bajeza de alma, muestra siempre Agustín algo de grandeza en medio del error y los más lamentables extravíos; es, en una palabra, un espíritu bello que, conocido, se hace amar con ese amor que inspira la belleza y que llamamos simpatía en su grado más remiso ó ínfimo. Un tonto nunca es simpático; un sabio puede serlo, pero rara vez lo consigue, y casi siempre flaquea por algún lado ridículo ó repulsivo, por alguna nota discordante en la armonía de las cualidades que forman su idiosincrasia ó manera de ser. Así es frecuente en el sabio el orgullo, ó la sequedad, ó la falta de sentido social, ó la extravagancia de criterio práctico en las cosas de la vida; algo, en fin, que le achica, alguna escabrosidad que le hace inaccesible. Y es que en el sabio suele haber generalmente cierta desproporción entre la vida intelectual y la afectiva, alguna porción del alma marchita ó por lo menos rígida y atrofiada. No sucedía esto, sin embargo, en el hijo de Mónica. Hombre sabio cual ninguno desde Salomón, su inteligencia y su corazón estaban á la misma altura, y aún puede decirse que vivían de mútuos reflejos é influencias, sin que el vaho del sentimentalismo enturbiara jamás la lumbre serena de su